



Las palabras de Jesús en el evangelio de hoy son duras y desafiantes y ante tal dosis de VERDAD, sólo me queda inclinar mi corazón, volverlo hacia Él y pedir HUMILDAD para amar.

INCLINO MI CORAZÓN ANTE TI, porque tu Verdad ilumina mi incoherencia, mi hipocresía, esta tendencia a ocuparme más en “parecer” buena que en serlo realmente, esta lamentable tendencia a justificar mis faltas y condenar las de otros, a fijarme en los demás y no en mí misma, como aquellos fariseos muy ocupados en limpiar sus manos más que su corazón...

Y así como tu verdad ilumina mi incoherencia, también me asegura tu presencia *“¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor Dios de nosotros, siempre que lo invocamos?”* dicen las palabras del Deuteronomio en la primera lectura. Tú estás cerca Señor y cada vez que te invoco, Tú te haces presente, por eso...

VUELVO MI CORAZÓN HACIA TI... y desde la certeza de tu presencia, no puedo, ni quiero ya eludir la responsabilidad que me corresponde y me pregunto sinceramente ¿qué es lo que está contaminando mi corazón y que hace que muchas de mis acciones estén salpicadas de malicia, envidia, codicia, difamación... y toda aquella lista de cosas a las que te refieres con tanta claridad? Y necesito preguntarme esto para retomar el camino de regreso, para “con-vertir” mi corazón hacia Ti.

Ayúdame, Señor a cambiar mi corazón, que mi verdad sea TU VERDAD, que más que las formalidades de la sociedad o de mi fe, o del esfuerzo infructuoso de “parecer”, sienta el gozo de vivir entregada a Ti y a tu causa. Es un camino largo por recorrer y seguramente no termina en esta vida; puede parecer tan difícil como armar un puzzle de un millón de piezas, sin embargo desde la certeza de tu AMOR, se convierte en algo tan desafiante y hermoso como danzar juntos al aire de tu Espíritu, conociendo, asumiendo, restituyendo, AMANDO.

PIDO HUMILDAD PARA AMAR... humildad para ser yo misma y no crearme más ni menos que nadie; para poner mis ojos en lo esencial; para tener un corazón que sea capaz ¡NO de juzgar a los demás!, sino de empatizar con su realidad; para vivir desde mi verdad volcada hacia los demás, como me invita Santiago en la segunda lectura: *“La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo”*. Quiero “mancharme las manos” con tu causa, cuidar a aquellos a quienes Tú cuidas de manera especial... ésta es la forma de vivir de manera auténtica mi fe, ésta es la forma auténtica de seguir respondiendo a Tu AMOR siempre fiel.

Señor, que pueda amar hasta el extremo desde aquel sello particular que has puesto en mi corazón y que me impulsa a cumplir el precepto principal que no debo olvidar jamás: “AMARÁS”.

Señor, en el camino no dejes que mi corazón se aleje de Ti ...